

de Ayutla. A ella habría de seguir brillantemente una serie de estudios acerca de *Francisco Cervantes de Salazar y su Túngulo Imperial* (1963); *La Apologética Historia de las Indias* de fray Bartolomé de Las Casas (1967), que fue notable edición crítica en torno de la obra lascasiana. *La Historia de la Conquista de México* de Antonio de Solís (1968), la *Historia de los Indios de la Nueva España*, de Motolinia (1969), la *Historia de Fernando de Alba Ixtlilxochitl* (1975); la *Guía Bibliográfica de Carlos María de Bustamente* (1967), la *Guía de las Actas del Cabildo del siglo XVI* (1968) y otras más que muestran su alta capacidad de análisis, sus profundos conocimientos de la historia americana y de México y su dilatada labor magisterial. Deben citarse también en este apartado: *La supervivencia política novohispana* (1969) y *México el trauma de su historia*, en las que, con incisivo pensamiento, reflexiona sobre el desarrollo histórico mexicano.

No cabe duda de que sus reflexiones calaron muy hondo en nuestro desarrollo total y de que su profundo espíritu crítico y su sólida formación jurídico-filosófica enriquecieron la historiografía mexicana. Cuando se ocupó de instituciones, biografías, hitos y quehacer históricos, se acrecentó nuestro saber histórico.

Al final de su vida escribió *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Ntra. Sra. de Guadalupe*, México UNAM, 1986, en donde disertó con libertad y total independencia de criterio en la historia guadalupana.

Fue notable maestro, portero de almas a la manera de Platón, polemista encarnizado, pero recto y convincente. Dirigió con brillantez la Academia Mexicana de la Historia. Mereció el Premio Nacional de Filosofía e Historia, el Premio Universidad Nacional, institución que le confirió el rango de Investigador Emérito y el Doctorado Honoris Causa. Con él desapareció uno de los grandes historiadores de nuestro siglo.

Ernesto DE LA TORRE VILLAR

Nabor Carrillo 173
Olivar de los Padres
01780 México D.F.
México

Roberto Moreno y de los Arcos (1943-1996), *in memoriam*

El pasado día uno de agosto de 1996 falleció en la Ciudad de México el maestro Roberto Moreno y de los Arcos, hijo del maestro Roberto Moreno y García, de quien heredó su entusiasmo por la docencia, y hermano gemelo de Enrique, con quien compartió su amor a la institución universitaria.

Nacido en el Distrito Federal el 15 de noviembre de 1943, se había licenciado en Historia en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1967, con una tesis titulada: «Teodoro de Croix. Su actuación en América». En 1973 había obtenido la maestría en Historia, con una memoria rotulada: «Joaquín Velázquez de León y sus trabajos científicos sobre el Valle de México». Había sido nombrado profesor universitario (catedrático) en 1968. Dirigió el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM entre 1979 y 1989 y fue coordinador de Humanidades, es decir, vicerrector de la UNAM, de 1989 a 1990. Desde 1984 pertenecía al Sistema Nacional de Investigadores. También era miembro de número de las Academias Mexicanas de la Lengua y de la Historia y correspondiente de las Reales Academias Españolas de la Lengua y de la Historia. Entre otras distinciones, estaba en posesión de la encomienda al mérito civil otorgada por el rey de España.

Conocí al Prof. Moreno y de los Arcos en 1988, durante mi primera estancia en la Ciudad de México, cuando él, como director de Históricas me recibió en la UNAM y nos facilitó, al Dr. Jesús R. Díez Antoñanzas y a mí, la consulta de los fondos reservados de la Biblioteca Nacional de México. Posteriormente, en 1989, volví a verlo en Pamplona, pues él, con el Dr. Ernesto de la Torre Villar y el P. Lino Gómez Canedo, participó en el X Simposio Internacional de Teología, organizado por la Universidad de Navarra, dedicado a «Evangelización y teología en América (siglo XVI)». En las actas de ese congreso publicó un excelente trabajo sobre el provisorato de indios en Nueva España. Posteriormente tuve ocasión de tratarlo en distintas ocasiones, tanto en México como en España, la última de ellas en octubre de 1994, cuando apadrinó mi ingreso, como miembro correspondiente, en la Academia Mexicana de la Historia.

A mediados de 1995 me llegaron noticias de la dolencia que le afectaba y del pesimista pronóstico médico. En aquellos momentos, también yo intentaba superar un serio quebranto de salud y me hallaba medio convaleciente. Cuando él tuvo noticia de mi achaque, me escribió una hermosa carta manuscrita, fechada el 12 de agosto de 1995, animándome a seguir adelante, sin aludir para nada a su propia enfermedad, que era también muy grave, y de la cual moriría al cabo de un año. Con este detalle quiero dejar constancia de su porte generoso y elegante, olvidado siempre de sí y volcado a los demás, dispuesto a pasar por alto sus propios problemas y pendiente de consolar a los otros. Guardo esa carta como un verdadero tesoro, recuerdo de una amistad verdadera.

Pero volvamos a su intervención en el Simposio de Pamplona de 1989. La participación del maestro Moreno de los Arcos estaba justificada por su antigua dedicación a la historia de la evangelización mexicana. Aunque se había especializado en la historia mexicana del siglo XVIII, y sobre este siglo trabajaba cuando lo sorprendió la muerte, tenía dos debilidades de juventud, a las que siempre fue fiel, que le emparentaban con las investigaciones histórico-teológicas del Instituto de Historia de la Iglesia de Navarra: el *provisorato de indios en la Nueva España*, y los *nahuatlismos* en el español de México.

En la primera cuestión, una confusión se había generalizado en la manualística y se aceptaba incontrovertidamente: que los indios americanos no habían sido juzgados por

los delitos, por los cuales, en cambio, los españoles, criollos y mestizos eran encausados por la Inquisición. Incluso se simplificaba tanto el problema, que se sostenía que los indios habían sido sustraídos por completo a la jurisdicción inquisitorial, por ser nuevos en la fe. Greenleaf había ya intuido que la cosa no era tan sencilla. Moreno de los Arcos demostró, con abundante documentación, que los ordinarios diocesanos habían conservado, cuando de indios se trataba, la jurisdicción que había pasado a la Inquisición de Castilla en el caso de determinados delitos cometidos por españoles y criollos.

Su preocupación por la lengua nahua y, en concreto, su estudio de la obra de Alonso de Molina, le llevó a valorar y comprender la tarea inculturadora de la primera evangelización mexicana y por ello reeditó, con enjundiosos estudios introductorios, algunos textos de fray Alonso. Consideraba que la lengua nahua constituye una parte esencial e irrenunciable de la mexicanidad, un verdadero tesoro de su patrimonio cultural. En este contexto es explicable su interés por los primeros pasos de la evangelización novohispana, como pude comprobar, en septiembre de 1994, al visitar su imponente biblioteca particular. Allí abundaban las obras sobre los comienzos de la Iglesia en México, que me mostró con detalle y mimo durante varias horas, un domingo por la tarde. Si es verdad que un intelectual se conoce por sus libros, Roberto era realmente un experto en la materia.

Pero su horizonte americanista no se cerraba en los dos temas que acabo de relatar: el provisorato, por una parte, y la estructura y expresividad de la lengua azteca, por otra. Me consta, en efecto, que estaba además muy preocupado por la génesis de la nacionalidad mexicana, cuyas raíces rastreaba en el clima pre-ilustrado de la primera mitad del siglo XVIII (y en esto coincidía con un grupo de amigos, como el antes citado Dr. Ernesto de la Torre Villar y con el malogrado Dr. Ignacio Osorio); y tengo también constancia de que seguía con pasión la historiografía sobre la ciencia y tecnología mexicanas, que él mismo cultivaba. Uno de los últimos libros que él coordinó se titula precisamente: *Ciencia y conciencia en el siglo XVIII mexicano* (1994). Al fallecer, preparaba una Historia de la aerostación en México.

Tampoco puedo pasar por alto que sentía un comprensible orgullo por los orígenes y los logros de la Real y Pontificia Universidad de México, que compartía con su esposa, la Dra. María del Refugio González. Estimaba que esa Universidad había contribuido de forma notable a la configuración de la idiosincrasia mexicana. Aunque no participó directamente en las tareas del Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU), fundado para reconstruir con detalle la historia del alma mater mexicana, me consta que seguía con suma atención las publicaciones del CESU, y recuerdo que en numerosas ocasiones me habló con satisfacción de los trabajos de ese grupo de la UNAM, que capitaneaba su esposa¹.

Mucho me habría gustado ver a Roberto antes de morir y conversar con él de estas cosas y de tantas otras... Los médicos me retenían en Pamplona, a pesar de mis pro-

1. Para más detalles de su *curriculum vitae et operum*, véase la necrológica firmada por Matilde López, publicada en «Gaceta de la UNAM», del 8 de agosto de 1996, pp. 5 y 6.

testas, y a poco no me dejan viajar a México. Cuando al fin llegué a aquella hermosa ciudad, el 3 de agosto de 1996, era demasiado tarde: Roberto había sido enterrado dos días antes. Recé por él antes de su muerte, y mucho sigo rezando ahora. Descanse en paz el gran historiador y amigo.

Josep Ignasi SARANYANA
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona